

## HUMANIDADES MÉDICAS

## ¡PARIRÁS LOS HIJOS CON DOLOR! (\*)

POR EL

PROF. PEDRO NUBIOLA ESPINÓS

BARCELONA

La sentencia consignada en el Génesis ha dado lugar a diversidad de comentarios, unos volterrianos, queriendo suponer constituye una desvirtuación de aquélla la práctica de la anestesia durante el parto, pues que éste se puede realizar sin dolor; otros, en cambio, temieron que no fueren lícitos los medios que se empleasen para ahorrar sufrimientos a la parturiente porque parecían conculcar la indicada sentencia.

Varias veces he debido interpretar los términos en que se consigna el castigo divino, pues, como se comprende, no significa que la mujer, al parir, deba sufrir determinado número y frecuencia de dolores, sino que, al dar a luz, lo hará trabajosamente, y esto no podrán evitarlo cuantos recursos científicos existan para combatir el dolor; de ahí la frase clínica muy expresiva: el trabajo del parto.

Sentado esto y aceptado que la imposición del castigo fué debida a la transgresión de la primera mujer, es interesante preguntarnos: ¿por qué el Creador lo estableció correspondiendo al acto cumbre de la especie, aplicado al magnífico momento de la eclosión de la maternidad?

Da pie para el comentario la tónica seguida por el profesor Laín Entralgo en su magnífico libro «Mysterium Doloris», en el que bellamente analiza la finalidad y consecuencias de las enfermedades y sufrimientos del ser humano. Podemos decir que los dolores de la mujer en el parto entrañan algo más que el afflictivo cumplimiento de una pena impuesta, de un castigo; conjuntamente con ello existe el desarrollo de una inmensidad afectiva que de otra suerte no se produciría.

Recuerdo a este propósito los conceptos emitidos por mi malogrado amigo el profesor Couvelaire en una lección inaugural de curso en la Facultad de Medicina de París. Decía, con su elocuente y cálida frase: «Si a una mujer al término de su embarazo se la ingresa en un servicio clínico donde se la anestesia y extrae el feto, más tarde podrán enseñarle de lejos un paquete de ropas que

(\*) Como tributo de reconocimiento y respeto a la insigne figura del profesor Nubiola, de cuya reciente desaparición damos cuenta en otro lugar de este número, reproducimos su último artículo, publicado en «Medicina Clínica», de Barcelona, donde con toda ponderación y mesura trata este asunto de máxima actualidad. (N. de la D.)



envuelven un ser humano; éste es en seguida devuelto a la *nurserie*, donde se le cuidará y alimentará sin que ocasione molestias a la puérpera; aquella mujer se dará perfecta cuenta de que terminó su embarazo, pero no de que sea madre. Será luego informada de que una criatura que fué gestada en su seno aumenta tantos gramos por semana, siguiendo sin tropiezo en su evolución fisiológica, pero no tendrá conciencia de que sea hijo suyo, si casi no lo ha visto, ni le ha besado, ni estrechado en sus brazos.»

Son interesantes las reacciones psíquicas de la parturiente a medida de la evolución del parto; al iniciarse éste, titubea; se pregunta si las pequeñas molestias que empieza a sentir y se van repitiendo son manifestaciones de que el acontecimiento, a nueve meses plazo, va a realizarse aquel día.

Más tarde, al arreciar los dolores con ritmo progresivo, se dispone, resignada, a soporarlos y ensaya si le va mejor de pie o encamada y cambiando de decúbito. Al intensificarse los dolores, gime y se lamenta, expresando su ansiedad por la suerte que pueda caberle a ella y al anhelado hijo.

A pesar de ser mayor el sufrimiento, al establecerse el período expulsivo encuentra cierta satisfacción en poder colaborar mediante los músculos del esfuerzo con el peristaltismo uterino, sintiendo el avance por sus genitales del polo fetal, y readquiere entonces la confianza que iba perdiendo de que no se demorase el final. Este es espectacular, puesto que, después de un tumulto de contracciones y de los gritos por sensación de desgarrar, sobreviene súbitamente la calma, y resuena estridente el primer vagido del recién nacido. La madre cae agotada en la cama, pero con lágrimas en los ojos y la sonrisa en los labios.

Como dice hermosamente el Evangelio, expresándolo con exactitud, en cuanto ha nacido el hijo la mujer ya olvida por completo los sufrimientos pasados; hasta el punto que, a pesar de hacer esfuerzos para recordarlos, no lo consigue, si no es en ocasión de un nuevo parto.

En cambio, la serie de impresiones recibidas por la mujer en el transcurso del parto dejan en su psiquismo huellas imborrables, es y será ya toda su vida la *madre*.

\* \* \*

La intensidad y el carácter de los dolores del parto son muy diversos, pues que, por condiciones personales, unos casos no precisarán contracciones uterinas intensas y los dolores, por tanto, serán menos fuertes, realizándose el parto feliz y brevemente; otras veces, las circunstancias de volumen y posición del feto y las condiciones de la híltera genital, harán el parto más trabajoso y, naturalmente, los dolores serán más intensos y durante mayor tiempo.

Es cuestión individual también la tolerancia para el dolor: mientras unas mujeres los soportan sin aparente esfuerzo, otras, en cambio, expresan aporramosamente el sufrimiento. En esto, como en todos los azares de la vida, cada uno reacciona a su manera.

Así, no es de extrañar la disparidad que se observa en las exclamaciones de las parturientes; mientras alguna dice: «Esto de parir es salvaje, es bestial», otras, en cambio, confiesan que les habían exagerado mucho los dolores del parto, que realmente no hay para tanto; incluso en alguna ocasión he oído afirmar: «Casi da gusto parir, por lo satisfecha que se encuentra una cuando

ha terminado.» Aun cuando parezca raro, no es frecuente que en ocasión de un nuevo embarazo la mujer manifieste temor a los dolores del próximo parto si el anterior fué normal.

Recientemente, en revistas profesionales y también en los periódicos políticos, se han comentado diversas técnicas, que se afirman empleadas con éxito, para lograr que se efectúe el parto sin dolor. La recomendación de una previa enseñanza o ilustración de la naturaleza y evolución del parto puede tranquilizar a la paciente respecto del papel que le corresponde desempeñar en la realización del mismo, así como ciertas prácticas, recomendadas realizar durante el parto para tal fin, pueden hacérselo más llevadero y servirle de distracción.

En cierta ocasión, una buena señora situada al lado de una hija suya, estando ésta en curso de parto, me dió una lección de medicina psicosomática. La chica, haciendo aspavientos, le decía a su madre: «Estos dolores que tengo son atroces.» Y la madre, muy seria, le contestó: «Pues éstos no son nada en comparación de los que tendrás luego.» En éstas, fué expulsando normalmente el feto. Entonces, dirigiéndose la nueva madre a la suya, le increpó: «¿Y aquellos dolores tan fuertes que decías había de tener?» Y la otra, sin perder la serenidad, contestó: «¡Ya los tuviste, tonta!»

No pudiendo el dolor ser medido, tampoco puede calcularse el grado de tolerancia de las pacientes respecto del mismo; una circunstancia que favorece puedan ser soportados mejor que otras manifestaciones dolorosas del organismo, es la de los tiempos de descanso entre dolor y dolor, y también la relativa breve duración de cada uno de éstos. En la aceptación sumisa del dolor mucho ha de influir la idea de que los dolores son, al fin y al cabo, el medio y el anticipo del feliz acontecimiento suspirado.

Sea como fuere, es un hecho sobrado evidente que en muchas mujeres tiene lugar el parto, y se practican durante éste, sin anestesia, intervenciones por vía genital, sin que, por sus manifestaciones y comportamiento, se demuestre que hayan experimentado intensos sufrimientos; acaso la misma naturaleza y localización de los dolores del parto les conceda cierta especial receptividad.

Así se explicaría que muchas mujeres, a pesar de sentir dolores y tener conciencia de haberse iniciado el parto, siguen en sus quehaceres, confiadas de que aun va para largo; resulta que luego paren en el tranvía o en un «taxi». Una señora que, creyendo estar encinta de ocho meses, por sentir acentuadas molestias decidió acudir a mi consulta, donde estuvo buen rato aguardando, al llegar a ser reconocida pude apreciar que se trataba de un parto de término muy adelantado; por suerte, en un «taxi» pudo llegar a tiempo a su domicilio. Lo curioso es la paciencia demostrada en el tiempo de espera de la consulta.

Una señora que en parto anterior al despertar en su cama la sorprendió la expulsión del feto, deseaba tener manera de predecir la ocurrencia del parto para que no le ocurriera en la calle.

\* \* \*

Podría interpretarse lo dicho como un alegato en favor de que las pobres parturientes apechuguen con los dolores del parto. Nada de esto. Entiendo precisamente que es deber del médico procurarles alivio; por ello soy partidario de la analgesia en el parto, en la forma que señale la intensidad de las contracciones uterinas.



Debido a la propaganda hecha respecto de ser posible parto sin dolor, algunas primíparas miedosas, y presumiendo de mujer moderna, condicionan la asistencia facultativa respecto de no querer sentir el menor sufrimiento; esto da lugar a malentendidos y a que pueda ser desacertada la conducta profesional.

No es posible que, sin inconveniente, pueda abreviarse la evolución del parto, ni cabe mantener dormida a la paciente durante horas, lo que, además, no favorecería la progresión del mismo parto. De manera que, de querer complacer del todo a la paciente *algiofóbica*, no queda otro recurso que, bajo completa anestesia, proceder rápidamente a la extracción del feto en la forma que se considere menos inconveniente.

\* \* \*

Empareja con las consideraciones anteriores un asunto, del que se habla poco, que en la práctica suele resolverse por decisión de la misma parturiente, de su marido o de la familia. ¿Dónde va a tener lugar el parto, en su domicilio o en una clínica?

Siguiendo la tradición, y por no alejarse de su domicilio, existe el deseo de que el acontecimiento se desarrolle en el ambiente familiar. Pero se tropieza con dificultades: habitaciones poco espaciales, servicio doméstico deficiente, otros hijos que no podrán estar allí cuando el caso ocurra, etc. Además, atrae la clínica por ser más moderno y viste más; se confía que en ella la asistencia será más perfecta; también que durante los días que la parturiente o parida descansará en ella se ahorrará las molestias del ajetreo doméstico.

Aun cuando suele pedirse opinión al médico respecto del particular, llegada la ocasión, cada cual hace lo que entiende más conveniente.

Tratándose de mujer sana con gestación normal, en la que no se reconocen circunstancias que amenacen dificultar el parto, puede dar a luz donde quiera.

Desde el punto de vista humano, sentimental o romántico, si así quiere entenderse, es mucho más interesante el parto en el domicilio, en aquella habitación que acogió a los cónyuges al unirse, donde están sus cosas habituales, ante aquella imagen que acogía sus plegarias. Durante el parto puede verse allí a la madre sentada junto a la cama donde se tumba a ratos la parturiente, y al otro lado, el marido, que la consuela estrechándole las manos.

El ambiente de la clínica es otro: el marido y la madre, aun cuando se les hayan puesto batas blancas, estorban; si están en el quirófano, no tienen ni dónde sentarse. En torno a la parturiente van y vienen peripuestas enfermeras que no descansan en proporcionarle pequeños cuidados a la vez que repiten frases rutinarias de consuelo y confianza.

El tiempo de espera que entraña el curso del parto normal desentona con la tónica de continua actividad usual de las clínicas, y de ello deriva la tendencia a poner en práctica toda suerte de recursos modernamente ensayados, bien para que el parto se acelere o para frenarlo si en algún momento parece demasiado activo. También se suele proceder a la administración de diversos agentes usados en la práctica quirúrgica para prevención de posibles complicaciones ulteriores.

Naturalmente que la clínica tiene sus ventajas. Para el médico la tiene por hallarse en un ambiente que conoce bien y por hacer posible una comodidad

en la asistencia que no tendría en una casa particular, sobre todo si el caso se hiciera distócico y en ocasión de que, desgraciadamente, surgiera un episodio que reclamara urgentes recursos.

La paciente ingresa confiada en la clínica y acepta bien los inconvenientes que encuentre en ella hasta que terminó el parto; luego que han pasado unas horas, suspira por regresar a su domicilio y encontrarse reunida con los suyos. Siendo su estado normal, pronto la clínica se le hace antipática.

Creo que sería un acierto establecer una clínica ambulante con una *roulotte* o camión que contuviera un verdadero quirófano dispuesto para la asistencia al parto.

Acudiría a domicilio a recoger a la parturiente cuando se hubiera ya iniciado el parto, y terminado éste, regresaría con la madre y el recién nacido, ambos ya limpios y adornados, al domicilio, donde estaría ya todo dispuesto para su recepción.

Claro está que en el vehículo no faltaría nada de lo que pudiera convenir: instrumental, accesorios, medicamentos, etc.; como también calefacción o refrigeración, según la época. Llevaría también un equipo de médico, comadrona y ayudante, dispuestos a toda hora a prestar servicio.